XIX Domingo del Tiempo Ordinario C

Me propuse vivir

"Dijo Jesús: Dichosos los criados a quienes el señor encuentre velando. Os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo." San Lucas, cap. 12.

Cuenta Saint Exupéry en "Tierra de hombres", de un piloto francés que cayó con su avioneta en los Andes, donde la temperatura desciende en la noche a treinta grados bajo cero. Sus compañeros trataron de encontrarlo, pero después de dos días abandonaron la búsqueda. Nadie podría sobrevivir en tan adversas condiciones.

Sin embargo, aquel piloto herido resistió y después de una larga caminata por terrenos inhóspitos, pudo llegar a un puesto de socorro. Allí contó el secreto de su fortaleza: "Un animal hubiera muerto, pero yo me propuse vivir".

Jesús presenta a los discípulos una parábola para invitarlos a permanecer vigilantes. Los está motivando comprometerse con la vida. Es decir a vivir.

Les habla de un hombre que regresa tarde a casa, después de una fiesta o de un viaje, y encuentra que sus criados no han cenado y permanecen esperándolo. Lo aguardan, ceñida la túnica, y encendidas las lámparas que espantan el sueño.

El Maestro asegura que aquel amo se pondrá el delantal, hará sentar a sus criados y les servirá de uno en uno la cena. Un premio que rebasa cualquier expectativa de los siervos.

La parábola toma de las costumbres judías, pero añade elementos insólitos. Los siervos nunca comían primero que sus amos. Y menos aun eran servidos por ellos. De allí el estupor de Pedro en la última cena, cuando Jesús lavó los pies de los apóstoles. Este servicio, degradante para un israelita, se encomendaba a los criados gentiles.

Jesús quería enseñarnos a vivir, ceñida la cintura, comprometidos con la tarea que nos toca. En la vida real los judíos se recogían con un cinto la túnica, para que no les impidiera andar y trabajar. Además encendidas las lámparas. Hechas de barro o de bronce y alimentadas con aceite de olivas, se distribuían por la casa, al llegar la noche.

Esta luz significa una continua adhesión a Dios, en las circunstancias positivas y también en las adversas.

El autor de la carta a los Hebreos nos presenta a Abraham, Isaac, Jacob, y Sara, grandes figuras del Antiguo Testamento, quienes sintieron que el Señor acompañaba su camino e iluminaba su historia. Ellos supieron mantenerse vigilantes y son ejemplo para nosotros. El texto añade: "La fe es la seguridad de lo que esperamos y la prueba de lo que no vemos".

San Lucas contrapone luego aquellos criados fieles con otro malvado, que ante la tardanza del amo, "se puso a golpear a sus compañeros, a las criadas y a emborracharse". Con éste no tendrá el señor aquella actitud maternal de servirle a la mesa.

Todo esto nos invita a entender esta vida temporal como un "mientras tanto", que a muchos desafía y a otros muchos agota. Podemos alinearnos entre los esforzados que

luchan a diario, o entre los vencidos, profesionales del pesimismo. ¿Sí serán nuestros problemas los más graves? ¿Sí será nuestra vida la más trágica?

Mientras vamos de paso por la tierra, lo importante no es sobrevivir apenas. Es necesario proponernos vivir.

2. Aunque es de noche

"Dijo Jesús: Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Estad cómo los que aguardan que su Señor venga de la boda, para abrirle apenas venga y llame". San Lucas, cap. 12.

Viene Dios a nosotros. O mejor dicho retorna, pues ya una vez había acampado en la tierra.

Del contexto evangélico deducimos que su regreso tendrá lugar de noche. Porque se nos invita a estar en vela y a mantener encendidas las lámparas.

Con razón Santa Teresa aludía frecuentemente a esa noche oscura, que es la vida, con sus fantasmas y sus contratiempos.

Porque es tarea del cristiano aguardar al Señor, a pesar de la noche que oprime. Esperarlo, en medio de nuestros monótonos deberes. Los del ama de casa: Barrer, sacudir, lavar, preparar los alimentos, atender los imprevistos de un hogar.

A pesar de nuestra tarea deslucida e ignorada: Ensamblar en la fábrica las mismas piezas, cada día. Manejar los mismos papeles. Supervisar durante años la misma maquinaria.

A pesar de que nuestro trabajo, responsable y honesto, muy pocos lo valoran y casi siempre es mal remunerado.

A pesar de que la fe nos hace extraños en nuestro círculo social y parezcamos ir contra corriente, muchos esperamos al Señor y rezamos sinceramente aquella petición del Padre nuestro: Venga a nosotros tu reino.

También otros, sin darse mucha cuenta, aguardan la venida del Señor.

Son quienes motivados por diversas ideologías, luchan por verdaderos valores. Se han fijado un ideal y se sacrifican por él generosamente. Suspiran por un mañana mejor, por algo más pleno, por una utopía, a veces imposible de definir y menos aun de describir plenamente.

Todos merecen nuestro respeto y admiración. Ellos aguardan que nos acerquemos fraternalmente y les anunciemos el Evangelio de una manera espontánea y humilde.

Para su consuelo escribe un autor: Cualquier forma de sed es, en el fondo, sed de Dios.

Pero unos y otros, los que aguardamos a Dios conscientemente y quienes lo esperan, aun sin saberlo, sospechamos que el Señor esta cerca.

En todos los rincones del mundo, existen muchos hombres y mujeres que realizan su tarea en la noche: Los pilotos, las enfermeras, los marinos, las encargadas de comunicaciones, los celadores, los médicos de guardia, los obreros de tiempo nocturno

en las fábricas, los vigilantes... Así el cristiano, bajo esta penumbra de la fe, se capacita para velar y mantener su lámpara encendida, esperando al Señor.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y